

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

ANIVERSARIO

Repitamos, llenos de tristeza, al conmemorar el veintiocho aniversario de la proclamación de la República, la frase doliente del rey moro de Granada:

«Lloremos como mujeres lo que no hemos sabido defender como hombres.»
¡Y hasta el año que viene!

MILAGROS

Para extirpar de las almas la duda y la desesperación, curar como con la mano á la sociedad contemporánea de su tan sobada neurosis, restituir á los corazones la perdida esperanza y restaurar en los espíritus la muerte ó amortiguada fe, el poeta francés Juan Aicard, y en su nombre y representación nuestro compatriota Eusebio Blasco, como su agente en España, demandan tan sólo la fiolera de un milagro por amor de Dios. Con un milagro, uno sólo, darianse entrambos por satisfechos. Un milagro bastaría, á su juicio, para restituir la humanidad, según la poética frase consagrada á los «antiguos campanarios». Sin duda, en concepto de estos señores, la gente moderna profesa, en punto á lo sobrenatural, la máxima que el vulgo atribuye á Santo Tomás. Singular especie de fe, que se asemeja demasiado á la que tenía en la hermosura de Dulcinea aquel mercader socarrón que para confesarla demandaba de D. Quijote un retrato de la dama, siquiera fuese el tal retrato del tamaño de una lenteja.

De tal suerte ha llegado el escepticismo á acreditar la especie de la inopia actual de los milagros, que los más ardientes defensores de lo sobrenatural se han creído obligados á dar del pretendido hecho una explicación suficiente. A oírles, nuestra impiedad y nuestros pecados nos hacen indignos de los favores celestes. Se ha notado, con efecto, que los milagros se multiplican con la fe, y con el descreimiento escasean. Fenómeno éste que tendrá, á no dudarlo, su interpretación teológica, ya que á la luz de la sola razón humana parece que lo milagroso debiera ser, por el contrario, prodigado á las sociedades incrédulas, por más necesitadas de ello que las creyentes, al modo como debe darse de comer al que tiene hambre y nunca al harto.

Sea de esto lo que fuere, que no es la presente ocasión para averiguarlo, lo que hay de cierto es que en España huelga enteramente la explicación de un hecho que nunca aquí se produce. Lo que en Aicard es comprensible, se hace injustificable en Blasco. Que un francés solicite un milagro, pase. ¡Pero un español! ¿Tan desmemoriado anda nuestro compatriota, que ha llegado á olvidar que eso que su colega pidiéndonos demanda como cosa del otro jueves es aquí lo vulgar, lo común, lo corriente, lo trivial, el suceso de todos los días? Aquí el portentoso nada tiene de extraordinario. Aquí vivimos en constante prodigio y nos movemos en plena maravilla. No un milagro, diez, ciento, mil, un millón encontraría Mr Aicard, con sólo transponer la frontera. El que esté sediento de milagros que se venga aquí.

Tan familiar nos es á los españoles el milagro, que le demandamos á cada paso, á la medida del deseo, á qué quieres boca, como quien pide las botas ó el desayuno. ¿Que no llueve? Sacamos el Santo del pueblo. ¿Que llueve demasiado? Lo volvemos á sacar. ¿Que hay guerra? Hacemos una rogativa. ¿Que se lleven á Cuba á alguno de los nuestros? Les damos un escapulario contra las balas y una medalla contra el vómito. Para todas las calamidades tenemos nuestro patrono. Si truena nos encomendamos á Santa Bárbara; si reina la peste, á San Roque; si la parienta está en apuros, á Nuestra Señora del Buen Parto; si la niña no se casa, á San Antonio bendito. Cada órgano de nuestro cuerpo tiene su correspondiente abogado: para los ojos está Santa Lucía, para los oídos San Ciríaco, para las piernas San Quirico, para la cabeza San Juan Bautista, para el estómago San Bernardo Abad, para el vientre San Serapio, para las muelas Santa Apolonia. Cada enfermedad tiene, en sentir de los piadosos, su Santo especialista: San Leandro cura la apoplejía, San Raimundo el vértigo, Santa Dorotea el reuma, San Sérvulo la parálisis, San Fiacro las hemorragias, San Babilas las quemaduras,

San Franco de Sena el cólico, San Liborio el mal de orina, el cólera San Luis Beltrán, Santa Agueda los zarzates, San Félix de Cantalicio los panadizos, y San Gregorio los sabañones. ¿Qué más? por tener, tenemos hasta Santa Rita, abogada de los imposibles, de cuya celeste intervención debemos fiar el que estos caballeros que nos gobiernan no den al traste con nosotros.

Si el milagro no fuera aquí cosa corriente, ¿se comprendería que hubiera tamaña confianza con el milagro? De él lo esperamos todos. De su eficacia aguarda el enfermo la salud, el pobre la riqueza, el pretendiente el destino, el aspirante el acta, el agricultor la cosecha, el mercader la venta, el industrial el monopolio, el preso la libertad, el rentista el trimestre, el funcionario el sueldo, el contribuyente la justicia, el carlista á D. Carlos y el republicano la República.

Y no es esa confianza, así como quiera, desatinada y loca. No ya Juan Aicard, entusiasta á fuer de poeta y treyente en el prodigio como quien tiene hambre y sed de lo maravilloso; el propio Voltaire con todo su escepticismo, quedaría plenamente convencido de la realidad de los milagros al cabo de pasar no más que un día en esta tierra del portentoso. No tendría sino asistir al milagro de la formación de una mayoría parlamentaria; milagro complejo, formado de la milagrería electoral, donde se dan casos de obediencia, y hay Lázaros que se alzan de la tumba por complacer al Gobierno, y se hallan urnas que encierran en sus entrañas misteriosas mayor número de papeletas que el censo cuenta de electores. No tendría más que informarse de por qué especie de maravilla un país que no posee una peseta desde hace tanto tiempo, se ha venido gastando diariamente, durante tres años, al pie de un par de millones de ellas por vía de extraordinario; milagro estupendo, más asombroso, sea dicho con toda reverencia, que el de los panes y los peces, y sólo comparable con el milagro de los milagros que sacó al mundo de la nada. No tendría sino interrogar á cualquiera de nuestros políticos acerca de la acción misteriosa y sobrehumana por cuya virtud hemos conservado hasta el otro día el resto de nuestras colonias. Y si aún esas pruebas resistiera su invencible credulidad, de cierto quedaría del todo dispada sabiendo que hay todavía en España quien vive de su trabajo, quien se niega á entrar en la legalidad, quien rehúsa ser concejal, quien no mete matute, quien juega de buena fe en la Bolsa, quien ha vuelto pobre de las Aduanas de Cuba, quien ejercita el sufragio, quien cree en la legitimidad del Parlamento, quien tiene á Polavieja por un genio y quien de Silvela se fía.

¡Milagros! Venga, venga por acá ese monsieur Aicard y le henchiremos las medidas: apenas esté entre nosotros se convencerá de que hoy por hoy, los españoles, por milagro andamos sueltos y vivimos de milagro. Y para colmo del milagreo, á poco que el fisco apriete, España entera será antes de mucho una especie de sucursal de la corte de los milagros.

ALFREDO CALDERÓN.

CHOZA Y PALACIO

I

Abajo está la choza, arriba está el palacio; abajo vive el pobre virtuoso, arriba vive el rico canallado.

Abajo se respiran miasmas putrefactos, y se escuchan gemidos angustiosos, y se contemplan rostros demacrados.

Arriba se respira ambiente perfumado, y se oyen alegres carcajadas, y en las facciones brilla el entusiasmo.

Abajo la miseria ha extendido su manto, y están los habitantes de la choza abatidos, hambrientos, extenuados...

Arriba la abundancia sus reales ha sentado,

y se entregan al goce de la gula todos los habitantes del palacio.

— ¡Se mueren nuestros hijos! — exclaman desde abajo — y se mueren de hambre y no podemos llevar el pan á sus hermosos labios.

«Todos nuestros recursos se encuentran agotados, y la fiebre devora nuestros cuerpos y el dolor debilita nuestro ánimo.

«Compadeced ¡oh ricos! á los infortunados que llegan al dintel de vuestras casas en demanda de pan y de trabajo.»

Y dicen desde arriba con tono destemplado: — «¿Quiénes son esos necios que se atreven á turbar nuestros goces con su llanto?

«Sus quejas y sus lágrimas nos tienen sin cuidado; que sufran en silencio sus pesares, sufrir es el deber de los esclavos.

«Existen en el mundo hombres negros y blancos, sombras densas y luz esplendorosa, valles frondosos y terrenos áridos.

«Lo grande y lo pequeño tienen rumbo marcado: para uno la senda de la dicha, para otro la senda del quebranto.»

II
Abajo está la choza, arriba está el palacio; un edificio humilde, otro soberbio, por abismo profundo separados.

¡Oh ricos poderosos! que, de placeres hartos, miráis con desprecio las desdichas del pobre, del humilde, del honrado.

Que reis mientras otros derraman triste llanto, que á los ruegos del pobre desvalido contestáis con cínico descaro...

¡Oh viles gusanillos que, desde el sucio fango, insultáis al águila arrogante que su vuelo remonta en el espacio...

Ha de llegar un día — ¡tal vez está cercano! — en que el pobre se acuerde de que es águila y con su garra estruje á los gusanos.

¡PATATAS A REAL!

«Te vas convenciendo, canalla estúpida que buscas en el trabajo satisfacción á tus necesidades, que ha sonado tu última hora?

Hasta la patata, ese democrático tubérculo que se dignaba visitar de cuando en cuando tu grosero estómago, se aristocratiza y se eleva á las altas regiones del ideal.

Desde el respeto hasta la justicia, desde el bienestar hasta la alegría, desde la carne hasta la patata todo huye de ti. Produces el mismo efecto que la peste.

Ya era tiempo ¡vive Dios! de que desapareciera de este hermoso vergel español que has regado con tus lágrimas y abonado con tu sangre.

Y también de que no perturbases con tus necias declamaciones y tus ridículas quejas el plácido contento de los caballeros que hoy gobiernan el país.

«Cuánto, cuánto voy á gozar al ver por esas calles, primorosamente empedradas para que rrueden bien los coches, á más niñas pálidas, más jóvenes anémicas y más ancianas escuálidas de las que ahora veo!

Y si alguna de ellas se propasa á importunar al elegante transeunte demandándole una limosna para acallar su hambre veterana, ¡con cuánto gusto veré que un agente de orden público la conduce brutalmente á la prevención!

No gozaré menos al mirarlas en estas poéticas mañanas de primavera revolver nerviosamente los montones de basura antes que los echen al carro, y llevarse con ansia á la boca, ya el tronco de col podrido, ya la hoja de lechuga lacia, ya las cáscaras de habas revueltas con ceniza.

Y gozaré más aún al advertir que tropiezan con un hueso pelado, y que se lo llevan furiosamente á la nariz creyendo que por el órgano del olfato va á penetrar en los suyos la substancia que les falta.

Y si fuérame dado penetrar con la mirada en los cuartuchos reducidos, bajos de techo, infectos y oscuros, donde tú, inmunda canalla, habitas, entonces ¡oh! entonces mi contento superaría al del cura que canta en un entierro de Campanillas

Un niño que llora porque el *piltrafoso* pecho de su madre está agotado; una madre que suspira viendo morir estenuado á su hijo; un joven que medita un crimen; un hombre que jura y maldice...

Habitaciones frías, hornillas apagadas, lechos de paja molida en el suelo, sillas desvencijadas, y ese penetrante olor á miseria perfumando el aire denso y mortífero que se ha instalado ha tiempo allí como en casa propia, y que nunca se renueva, nunca se purifica...

Asegúrate en verdad, canalla miserable, que sonó tu última hora.

«¿Quién te lo hubiera dicho allá por la revolución de Septiembre, cuando te agitabas y bullías soñando con un porvenir dichoso en que la dignidad y el trabajo aunados te elevasen á tus propios ojos?

Aquellos delirios de emancipación, aquel afán por salirte de tu esfera, aquellas protestas contra todo lo que coartaba tu libertad, debían recibir el premio merecido, y ya lo estás disfrutando. ¡A real la libra de patatas!

Esta frase sublime es tu sentencia de muerte; y no muerte rápida, de un golpe, sin agonía; sino lenta, á alfilerazos; en un mes, en dos, en un año... Muerte duplicada, centuplicada...

«No pedías reformas? Pues ahí las tienes. ¡Progreso! ¿Cuál mayor que el de pagarse á veinticinco lo que antes costaba seis? ¡Derechos! Desde el de suicidarte para no sufrir, ó el de sufrir por no suicidarte, todos son tuyos.

Y que no te los disputará nadie, como nadie tampoco acudiría en tu socorro. Así, no te formes ilusiones, y prepárate para desfilar cuanto antes en dirección á lo desconocido.

«La caridad? ¡Si! Para ti guarda sus tesoros, habiendo conventos que levantar, frailes que mantener y dinero de San Pedro que reunir.

Y ahora que hablo de conventos. Si quieres distraerte hasta que tus debilitadas piernas se nieguen á conducirte de un lado á otro, ronda alrededor de ellos, y aspirarás sibaríticamente emanaciones culinarias, que contribuirán á que expires bendiciendo una porción de cosas humanas y divinas.

Vuelvo á repetirlo: no te formes ilusiones, ni esperes, ni pidas, ni supliques, pues todo será en vano. Arrebújate en la manta apolillada de la honradez, toma una dosis de resignación, y espérra estoicamente la tía de la guadaña.

Lejos, lejos de ti todo pensamiento que te separe de esta idea: morir. La red social está tan admirablemente tendida, que te enredarías en ella si intentaras romperla.

Si pidieras trabajo, te llevarían á presidio por socialista; si limosna, á tu pueblo de cárcel en cárcel por vago. Nada, no tienes otro remedio que dar pronto un chasco á los gusanos de la fosa grande, regalándoles huesos y pellejo á cambio de la carne que esperan.

A morir, pues, canalla harapienta y asquerosa, que sólo sirves para dar tus hijos á la patria y tu vida al trabajo; á morir, ya que hasta la patata, tu antigua compañera y amiga, te abandona, para que no turbes con tus bostezos la tranquila digestión de los esforzados paladines del orden, la propiedad y la familia, que para gloria de esta nación de imbéciles hoy rigen y gobiernan, y bajo cuyo régimen paternal ha podido escucharse esta frase, reveladora de la prosperidad que disfrutamos:

¡Patatas, á real la libra!

JOSÉ NAKENS

DON QUIJOTE



Cómo se cobran las contribuciones en España.



Aniversario.
¡Viva la República!



La nevada.

Don Práxedes.—¿Saben ustedes en qué vendrá á parar este temporal denieve? Pues, como si lo viera: ¡en que volverán á pelearse Villanueva y Urzáiz!



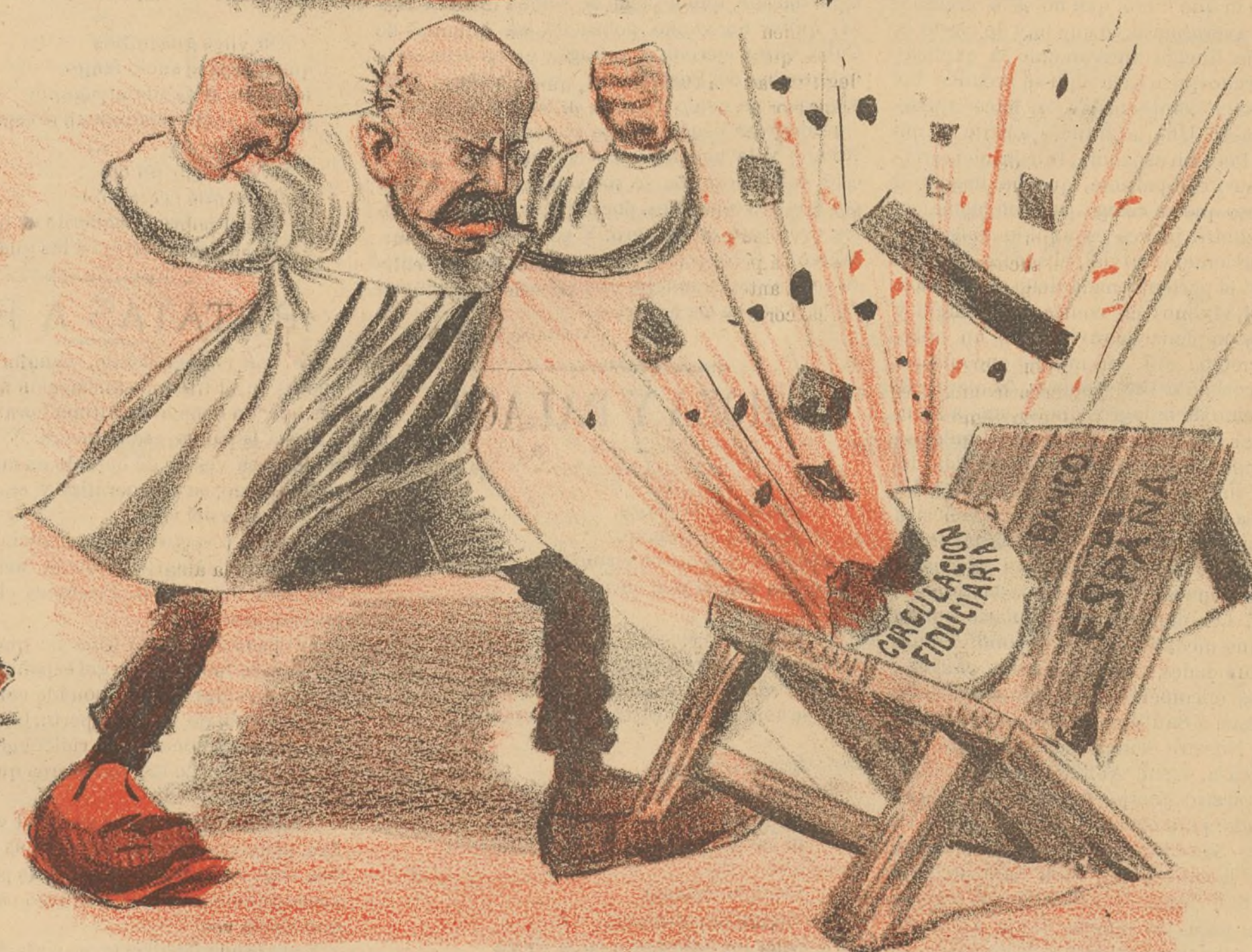
La vuelta de Pidal.



Don Práxedes.—¡Niños, aquí no corta nadie el bacalao más que yo!



Cabezas de ministro.
Weyler.



Urzáiz.—¡A ver si explotas de una vez!



Las máscaras de todos los años.

Hermógenes

¡Hay que suicidarse!

El famoso «D. Gil.»—¿se acuerda usted de él, maestro Millán?—harto de esta pícara vida, se ha disparado dos tiros en la cabeza, buscando en la muerte la solución á sus males.

Yo soy un partidario decidido del suicidio. El día menos pensado, ¡pum!, harto de aguantar á Sagasta, presento la dimisión de la vida y me doy un tiro en cualquier parte.

Para los aburridos y para los impotentes no hay mejor medicina, no hay otra medicina que el revólver...

Por eso no sería extraño que cualquier día leyésemos en los periódicos la noticia del suicidio de Silvela, ó de Pidal, ó de cualquier otro fracasado de esos...

¡ADIOS, TORQUEMADA!

¡Pues, señor, vaya un juez el del distrito de San Vicente de Valencia!

¡Un juez digno del Santo oficio!
¡Qué crearán ustedes que ha hecho el hombre para demostrar á quien corresponda su amor á la justicia?

Pues ha metido en la cárcel á nuestro correligionario de Patraix (pueblo inmediato á Valencia) D. Gaspar Faus, y á su excelente mujer, por el enorme delito de tener estos señores pegadas en las paredes de su casa habitación varios números de este empecatado Don Quijote.

Rodrigo Soriano ha hecho público en el Congreso este hecho escandaloso.

Y el marqués de Teverga ha prometido «enterarse de lo ocurrido» y obrar en justicia.

A nosotros nos parece—salvo la opinión del señor marqués de Teverga—que procede ascender á ese juez por el celo que ha demostrado en favor de la causa del orden.

Sí, que lo ascendan aunque sea hasta la altura de una horca.

Por estulto.
Y por neo.

RELIGIOSIDAD

Aunque de instinto piadoso, se extrañaba Soledad de la religiosidad extremada de su esposo.

Salvo caso extraordinario, solo de casa salía.

—¿Te marchas ya?—le decía;

y él contestaba:—Al rosario.

Volvió; mas se marchaba sin acabar de comer.

—¿Dónde vas?—A recorrer las iglesias,—contestaba.

Por tercera vez salía,

y ella, vuelta á preguntar;

—¿Dónde vas?—Y él:—¡A adorar á la Cruz!—le respondía.

Escamada y recelosa el secreter registró,

y una carta se encontró que olía á nardo y á rosa.

¡Ella fué rayo de luz!

su esposo no la engañaba: porque la carta firmaba,

Rosario Iglesias y Cruz.

CRONICA

MÁSCARAS

—Mira, aquí, tras los cristales del balcón, sentados el uno al lado del otro, veremos pasar el Carnaval, si quieres... Esta es más bien una fiesta del hogar que una fiesta de la calle. Déjemos á los demás que sean un poco locos, pero á condición de que se nos permita á nosotros también ser un poco cuerdos.

Figúrate que estás en el teatro y que acaba de levantarse el telón.

Comienza el espectáculo. ¡Cuánto vamos á divertirnos!

¡Atiende! Ahí van, cogidos del brazo, mirándose amorosamente á la cara, Krüger y Chamberlain, el emperador Guillermo y el ciudadano Loubet.

¡Pues mira ese trovador pulsando la lira enfrente del ministerio de Hacienda, en espera de que se asome, para oírle, su castellana, que acaso sea el propio Urzáiz!

Ahí, en medio del arroyo, insultándose con frases de López Silva, están Romeo y Julieta; y más allá, un poco más allá, Otelo esgrime su puñal contra Desdemona, que se despidе de la vida cantando á grito pelado:

«Te quiero porque es mi gusto
y en mi gusto nadie manda;
te quiero porque me sale
de las entrañas del alma.»

Mira á Mefistófeles (que acaso sea un pobre empleado de consumos), y á doña Inés del brazo de D. Juan, y á Quevedo en amoroso coloquio con una dueña, y al indispensable pierrot, empolvado de yeso, las mejillas sangrientas, gritando como un desesperado...

¡Oh! mira á esa manola de seis años contoneando graciosamente su cuerpecillo de niña, muy sería, muy grave, del brazo de un pequeño armenio que deja arrastrar perezosamente su sable por el suelo con aires de matasiete.

Una comparsa de niños de Ecija que piden limosna con el trabuco echado á la cara, dignos personajes de esta corte de los milagros en que vivimos.

Ahí van las bellas artes: la poesía representada por una crisantema—puro simbolismo—; la escultura por un boxeador de recios miembros, desnudo el torso, la cara bella, pero sin expresión: un perfecto atleta de circo. Ese cañón Krupp acaso simbolice la música; y esa figura desvanecida, pálida, fantástica, de traje blanco, acaso sea la pintura. No hay más personajes en el grupo; no hay más bellas artes que «lamentar.»

Ahí tienes al hombre de los zancos, el sujeto de mayor altura de España... durante estos tres días; y al pobre diablo del *higui*, que ha tenido la humorada este año de cubrirse el rostro con una careta semeante á la cara de Sagasta, y ahí tienes á la ruin máscara de todos los carnavales, «vestida» de esteras, abanicándose con un sopli- llo, sirviéndole de bastón una escoba...

Y ya no hay más que ver: máscaras y más máscaras, todas iguales aunque lleven disfraz distinto, riendo, alborotando, atropellándose las unas á las otras, locas de alegría ó quizá de aburrimiento.

El Carnaval no da más de sí. El de hoy es igual al de ayer y el de mañana será igual al de hoy. No progresamos en esto ni en nada. Todo es eternamente lo mismo. Teófilo Gautier se lamentaba de que los hombres no hubiesen inventado en diez y nueve siglos un placer nuevo. Ni un placer ni una diversión, añado yo.

Pero, en fin, hay que alegrarse, porque así lo manda el Almanaque, esa *Gaceta* cuyas leyes dictatoriales son las únicas que nos obligamos á respetar los españoles.

Sí; hay que reglamentar las sensaciones; hay que reír ó llorar según nos indique el calendario.

Hoy es día de fiesta y de bulla: 9 de Febrero, domingo de Quincuagésima. Hagamos, pues, todo lo posible por divertirnos. Nuestros abuelos decían que el diablo andaba suelto estos días por las calles. ¡El Diab! ¡Qué horror! Permanezcamos nosotros como personas prudentes en casita, no vayamos á tropezarnos con él... ó con Weyler.

¿Qué? ¿Te aburres? Pues si he de ser franco, he de decirte que yo también me siento un poco cansado de este espectáculo monótono y fastidioso.

Permíteme, para ver si me distraigo, que me mire en tus ojos.

¡Cuántas cosas adorables veo en ellos! Este es un placer viejo que para los enomorados es siempre nuevo.

No mires más á la calle; mírame á mí solo. Yo me vestiré de máscara, si quieres, para distraerte, y seré el «inevitable» *pierrrot*, y el hombre del *higui*, y el de los zancos, y el Otelo, y el Mefistófeles, y el trovador, y hasta el mamarracho de las esteras...

Seamos un poco locos, puesto que así lo ordena el Almanaque. Pero aquí, en nuestra casita, los dos solos, sin dar parte á nadie de nuestra fiesta.

Anda, ¿quieres?, yo seré, por el pronto, tu don Juan y tú mi doña Inés. Déjame que me arrodirle á tus plantas.

«No es verdad, ángel de amor...»

MIGUEL SAWA

EL RUFIAN

De sus treinta y dos dientes el esmalte luciente brilla en el rico estuche de su boca escarlata. Sus rizados cabellos, por los que en otro tiempo infazona abadesa locamente lo amara, ruedan hasta sus ojos que arden como carbunclos, bajo la negra curva de sus cejas pintadas.

Con la mano, enguantada de negro, en la cadera; su chambergo de plumas, arrastrando la espada, cruza indolentemente bajo los miradores. Es de seda el colete; y entre hierbas de plata, fulguran en el pomo de sus regios puñales el límpido diamante y la verde esmeralda.

En su cámara, donde se respira el aliento de ramos deshojados, altivas castellanas, bajo el velo la frente cargada de lujuria, amontonan doblones, joyeles y piastras, por besar las estrellas de sus ojos oscuros y sus labios iguales á una res degollada.

Bello como un dios joven, bravo cual su tizona, habiendo muerto en duelo al conde de Montaga, tres deudos del pontífice y veinte condotieros, tranquilo, alta la frente, por las ciudades pasa. A sus pies arrastrando almas que se han herido en la luz que despidе su florida mirada.

JUAN MORÉAS

LOS FILIPINOS

A la de los boers contra los ingleses puede ya compararse la resistencia de los filipinos á los norteamericanos.

No tienen en el Archipiélago los conquistadores un día tranquilo. Hasta la naturaleza parece rechazarlos. Un terremoto los llenó recientemente de pavor.

En Pampanga, Laguna, Batangas, Luzón, Iloilo, Visayas, Samar y otros puntos, la guerra continúa como el primer día.

En vano funcionan sin cesar crueles consejos de guerra que señalan al verdugo abundantes víctimas.

Los tagalos tienen conciencia de la razón que asiste á su causa y luchan con denuedo.

Las peripecias de tan prolongada guerra les han enseñado á combatir, y se les ve ya disciplinados y en muchos puntos bien provistos de armamento y municiones.

Un telegrama recibido el día 27 en Nueva York, asegura que la Junta revolucionaria de Hong-Kong hace grandes preparativos militares.

Cunde entre los yanquis del Archipiélago el descontento. De 50.000 norteamericanos, hay más de 30.000 en los hospitales.

Todo hace preveer que la guerra será aún larga, pues no es fácil que los invasores se resignen á darse por vencidos. Será, sí, larga y sangrienta.

Han perdido ya los filipinos todo respeto á los que se tienen por poderosos. Por experiencia saben que no hay dominación extranjera invencible. Secular era el imperio español y lo derrocaron. ¿Cómo no han de tener esperanza de vencer á quien no ha llegado ni á sentar allí su planta con firmeza?

Despierto el sentimiento de su propia dignidad, no es fácil que cejen en la lucha. Les ocultábam tras el atavio de tradiciones añejas su verdadera patria: ya la han descubierto y no dejarán de defenderla.

Los vendimos como un rebaño de mansas ovejas y se han convertido en vigorosos leones.

Merecido tienen los Estados Unidos lo que les ocurre.

Ahora sólo falta que cuando abandonen maltruchos el suelo de las islas, nos pidan los yanquis que les indemnicemos por haberles engañado.

LOS MOZOS

¡Qué triste y qué sola
se encuentra la aldea!
La tierra sin frutos, la feria sin gente,
sin brazos el campo,
sin niños la escuela,
el sol sin fulgores, ¡sin flor la simiente!

La piedra y las nubes,
La siembra arrasando,
de hambre horrible auguran un año sombrío;
sin pan el labriego,
sin hierba el ganado,
¿qué será de entrambos este invierno frío?

Manadas hambrientas
de monteses lobos,
bajan á las chozas en noche callada,
y en hileras puestos,
ardiendo los ojos,
ya acechan del pobre la puerta cerrada...

Honrados mocitos
de sangre bravía,
pues que los pedriscos causan tales duelos,
libraos de la muerte;
¡cazad en batida
lobos de la tierra, lobos de los cielos!
M. CURROS ENRIQUEZ.

ANGELUS

Eran trece los hombres, trece valientes cortidos en el peligro y ayezados á las luchas del mar. Con ellos iba una mujer, la del patrón.

Los trece, hombres de la costa, tenían el sello característico de la raza vasca; cabeza ancha, perfil aguileno, la pupila muerta por la constante contemplación de la mar, la gran devoradora de hombres.

El Cantábrico les conocía; ellos conocían las olas y el viento.

La trainera, larga, estrecha, pintada de negro, se llamaba *Arantza*, que en vascuence significa espina. Tenía un palo corto, plantado junto á la proa con una vela pequeña...

La tarde era de otoño, el viento flojo, las olas redondas, mansas, tranquilas. La vela apenas se hinchaba por la brisa y la trainera se deslizaba suavemente dejando una estela de plata en el mar verdoso.

Habían salido de Motrico y marchaban á la pesca con las redes preparadas, á reunirse con otras lanchas para el día de Santa Catalina. En aquel momento pasaban por delante de Deva.

El cielo estaba lleno de nubes algodonosas y plomizas. Por entre sus jirones, trozos de un azul pálido. El sol salía en rayos brillantes por la abertura de una nube, cuya boca enrojecida se reflejaba temblando sobre el mar.

Los trece hombres, serios é imasibles, hablaban poco; la mujer, vieja, hacia media con gruesas agujas y un ovillo de lana azul. El patrón grave y triste, con la boina calada hasta los ojos, la mano derecha en el remo que hacia de timón, miraba impasible al mar. Un perro de aguas, sucio, sentado en un banco de popa, junto al patrón, miraba también al mar, tan indiferente como los hombres.

El sol iba poniéndose... Arriba, rojos de llama, rojos cobrizos, colores cenicientos, nubes de plomo, enormes ballenas; abajo, la piel verde del mar, con tónos rojizos, escarlatas y morados. De cuando en cuando el estremecimiento rítmico de las olas...

La trainera se encontraba frente á Iciar. El viento era de tierra, lleno de olores de monte; la costa se dibujaba con todos sus riscos y sus peñas.

De repente, en la agonía de la tarde, sonaron las horas en el reloj de la iglesia de Iciar y luego las campanadas del *Angelus* se extendieron por el mar como voces lentas, majestuosas y sublimes.

El patrón se quitó la boina y los demás hicieron lo mismo. La mujer abandonó su trabajo y todos rezaron, graves, sombríos, mirando al mar tranquilo y de redondeadas olas.

Cuando empezó á hacerse de noche, el viento sopló ya con fuerza, la vela se redondeó con las rálagas de aire y la trainera se hundió en la sombra, dejando una estela de plata sobre la negruzca superficie del agua...

Eran trece los hombres, trece valientes, cortidos en el peligro y ayezados á las luchas del mar.

PÍO BAROJA

LIBROS

Viajes morrocotudos.—El ingeniosísimo Pérez Zúñiga, acompañado del no menos ingeniosísimo Xaudaró (¡cheche usted ingenio!), sigue viajando en busca del *trifinus melancolicus*, que, á fuer de lector agradecido, estimaré mucho no lo encuentre, por lo menos hasta la veinte jornada.

Ahora van en la tercera (que se halla de venta en todas las librerías al precio de 2 pesetas) y, están ya, maleta en mano, dispuestos á emprender nuevamente la marcha.

¡Buen viaje y pesetas, oh ilustres viajeros!

Elena, novela de un capuchino, por Enrique Murguer.—La *Colección Diamante* se ha enriquecido con este hermoso libro, lujosamente editado, y que hace honor á la firma del autor de *Escenas de la vida bohemia*.

De venta en todas las librerías al precio de cincuenta céntimos.

ANUNCIOS HUMORÍSTICOS

De una revista de salones: «La dueña de la casa, que vestía traje color Sagasta, decía á los convidados: Para muebles elegantes, los muebles de *A. Vallejo, Alcalá, 17*. ¡No los hay mejores en Madrid!»

¡Por qué el conde de Cheste no se muere nunca? Porque bebe á diario el rico vino *Valgañón*. De venta en la calle del *Caballero de Gracia, 56, Bodega del Jalón*.

Consejo de un hombre práctico, aunque silvestista: «Aseguraos la vida en *La Equitativa de los Estados Unidos, Sevilla, 13*».

No hay licor que pueda compararse con el *Anís del Mono*. ¡Es el néctar de los dioses! ¡Probado y os convenceréis!

VINOS DE RIOJA

Tinto fino..... 0,50 botella.
Clarete superior..... 0,75 »
Rioja Medoc..... 1,00 »

En botellas con malla precintada.
SAN MATEO, 15, «BODEGA RIOJANA»

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

Sucursales, Fuencarral, 102, y Preciados, 7.

VENTA Á PLAZOS Y AL CONTADO

La Cosmopolite.

No hay competencia posible con este papel de fumar de puro hilo. Es el más higiénico de todos. Pedirlo en los estancos. Precio: 10, 15 y 20 céntimos. Depósito, *Farmacia, 3, principal*.—*Francisco Igual, Madrid*.

LA INGLESA

«Los que cruzáis el golfo de la vida sin amor y sin fe,

queréis gozar la tierra prometida?... Pues visitad el establecimiento *La Inglesa, Montera, 35 (Pasaje del Comercio)*, y allí encontréis toda clase de preservativos y libros alegres, y... la mar y sus barcos.

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.